

LA PSIQUIS

Según se acepta, la psiquis consta de tres partes centrales: el **Ello**, el **Yo** y el **Superyó**.

El Ello (la energía vital)

Responde a lo que, basado quizá en pensamientos del filósofo griego Epicuro (340-270 AC), Sigmund Freud (1856 - 1939) llamó “el principio del placer”.

Lo que define las expectativas del Ello puede entonces plantearse como “huir del dolor y perseguir el placer”; esto es, rechazar todo sufrimiento (dolor, muerte, incertidumbre, frustración, tristeza, etc.), al tiempo de esperar que toda apetencia sea satisfecha (seguridad, alimento, descanso, reproducción/sexo, confort, juegos, distracción, etc.); tal su esencia.

Es el Ello lo que ha permitido que las religiones prosperen y perduren, que las soluciones imposibles parezcan posibles cuando nos encontramos frente a realidades angustiosas (autoengaño), y que en tal o cual situación seamos muy permeables a discursos amorosos, políticos y económicos a pesar de sospechar fundadamente que nos están engañando. También impide que nos suicidemos a la primera desilusión, porque el Ello es una construcción que genera esperanza y es a su vez esperanza adicta; corre tras todo lo que prometa algún tipo de satisfacción y en la medida de encontrarla se sentirá confirmado, bien.

Contiene los llamados Instinto de Reproducción y de Supervivencia -conservación del individuo y de la especie (mandatos universales)- y, derivados del instinto de reproducción, los mandatos secundarios, aquello que más determina la conducta individual según se sea macho o hembra (cada sexo interpretará la misma realidad de distinta manera).

Estos últimos, cincelados por cargas hormonales de distinta intensidad desde los primeros días del embrión son algo clave en el diario hacer de las especies, y se destacan por definir cómo es que cada género habrá de sentir y comportarse respecto del “afuera” (territorio), del nido y de las crías (mayor o menor responsabilidad), y de una situación que involucre a un opuesto sexual o a un igual en edad de reproducirse (dan cuenta de lo importante y lo placentero,

son el sustento del decir popular “todos los hombres o todas las mujeres son iguales”, aplicable también a machos y hembras de cualquier especie).

Si bien para facilitar su trato nombro dos instintos, y hasta, más adelante, subinstintos, únicamente existe el de supervivencia (todos los demás no son más que diversas formas de expresión).

Disgresión

Debo hacer notar que, en la actualidad, es discutida la existencia de un instinto de supervivencia que también comprenda a la especie. Esto surge de considerar que los genes (34.000) solo trabajan para sí mismos (egoístas) porque eso es lo único que garantiza su supervivencia; en otras palabras, que genes altruistas actuando sobre el comportamiento del individuo a favor de la especie no podrían existir porque esto significaría sacrificar su existencia o su bienestar en beneficio de terceros, lo cual iría en contra de sus propios intereses. Quienes así piensan descuentan, entonces, que al no haber genes altruistas tampoco sería concebible pensar en un instinto dedicado a la conservación de la especie. Sin embargo, al defender esta idea parece no haberse tenido en cuenta que, aunque la conducta de los seres vivos dependa, en líneas generales, de las instrucciones dictadas por los genes, como estos no pueden prever cada circunstancia de la realidad que tocará vivir a sus máquinas de supervivencia (los seres vivos), las especies han de haber desarrollado cierta independencia de acción avalada por el hecho de no oponerse a los intereses de los genes desde el momento en que mejora sus posibilidades de supervivencia en los demás. Me refiero a un instinto de conservación más amplio, por el que machos y hembras están dispuestos a arriesgar la propia vida por sus crías, huevos, etc., e individuos dispuestos a hacer lo mismo por sus familiares directos o indirectos, el grupo o un integrante del mismo.

El instinto

Es una rutina compulsiva, algo cuya existencia y manifestación es absolutamente ajena a la inteligencia, la educación o la voluntad. Se lo puede reprimir únicamente a costa de generar frustraciones de la más variada intensidad, y capaces de provocar graves desórdenes mentales.

Subinstintos

Al solo efecto de distinguirles momentáneamente (de aquí en más me referiré a ellos como instinto), denomino así a dos “apetencias”

de primer orden que hacen a la trama interna de lo que usualmente se conoce como instinto de reproducción, a saber: el llamado instinto de madre (pulsión por preñarse, parir y cuidar del nido, más responsabilidad en el cuidado de la cría), y el instinto de poder (pulsión por controlar el afuera/dominar/fecundar en exclusividad a todas las hembras disponibles). Su particularidad, y como no podría ser de otra manera, es que se expresan más o menos según el sujeto sea macho o hembra, siendo que el que se manifiesten con vehemencia depende, en gran medida, de los estímulos que reciba el individuo en cuestión (situación y lugar), así como de una construcción psico-biológica y una actividad hormonal normales.

Ambos son sinónimo de especialización.

Comentario

1) Dado que las dos sexualidades se dan como consecuencia de la acción hormonal (a partir de la octava semana) sobre un embrión que, de no ser por ello, se desarrollaría como hembra, tal arreglo, si bien cumple con el cometido de producir entre un 97 o 98% de machos competentes, no siempre logra una diferenciación sobresaliente. De tal suerte, la identidad de, aproximadamente, un 30% de aquellos varones que pueden considerarse normales se encuentra singularmente contaminada por condicionamientos propios de las hembras (este grupo se constituye de individuos en los que anidan algunas sensibilidades femeninas, más una propensión a desarrollar conductas homosexuales).

2) En cuanto al instinto de poder y por hacer a la más simple supervivencia (espacio y recursos), no puedo sino pensar que el mismo ha existido desde siempre, variando según las necesidades (recursos) y el grado de desarrollo de cada especie (ser más grande, más rápido, reproducirse más o más rápidamente, etc.). De tal suerte, aunque luego de la reproducción sexuada -y como especialización- se exprese, muy visiblemente, en el macho, por fuerza también es parte de la estructura psicológica de la hembra (Macho = territorial en un sentido expansivo, amplio. Hembra = territorial en un sentido contractivo, su círculo de referencia inmediata).

El Yo

Responde a lo que se conoce como principio de la realidad. Básicamente, actúa en un sentido protector.

1) Evalúa cuales son las posibilidades de que el Ello sea satisfecho en consideración a los mensajes que llegan del mundo exterior (una suerte de intermediario crítico).

2) Actúa directamente sobre la realidad adaptándose a ella o cambiándola.

Ejemplo didáctico - Si un individuo tiene hambre y por intermedio de los sentidos (del Yo) se percata de la presencia de un león, el Ello dice al Yo: “Quiero atraparlo y comérmelo” (satisfacerme). Al momento, por comprender que si bien se reconoce la necesidad la empresa no tendrá éxito en tanto el león es muchísimo más fuerte y en extremo peligroso, el Yo toma cartas en el asunto aconsejando irse o esperar hasta encontrar otra cosa.

El Yo no reprime al Ello sino, a lo sumo, posterga la satisfacción que este anhela.

Ambos son partes fundacionales de nuestra identidad psicológica; definen nuestro “ser natural”.

Desde lo filosófico, el Yo es una ilusión que surge como consecuencia de la capacidad de reflexionar sobre uno mismo y el entorno a partir de un continuo fluir de innumerables informaciones provistas por los sentidos, el subconsciente y lo inconsciente.

El Superyó (conciencia moral)

Responde antes a la búsqueda de la perfección, de lo ideal, que del placer. Es resultado de un trabajo educativo por el que el sujeto acaba haciendo suyas las enseñanzas recibidas (internaliza) respecto de las conductas que resultan socialmente aceptables y las que no (aprende a identificar lo que está bien o mal desde un punto de vista ético y moral).

Es así como, para toda persona convencida de la “verdad” que representan normas y valores (bien educada), el mero intento de transgredir aquello habrá de generar sufrimiento (culpas), razón por la que, automáticamente, tenderá a respetarles y, por ello mismo, a esperar o exigir que se respeten.

En sí, el Superyó es un cúmulo de dependencias emocionales perfeñadas por la razón y en competencia directa con los apetitos del Ello; de ahí que, cuanto peor educada y menos inteligente sea una persona, más determinará el Ello su conducta general; algo que habrá de agravarse si el individuo ha consumido alcohol u otras drogas, así como en el caso de haber sufrido lesiones o tener deficiencias congénitas que afecten el normal funcionamiento del neocórtex, lugar del cerebro donde, entre otros y según estudios recientes, se situaría la conciencia moral.

La tarea del Superyó, por excelencia, consiste en ampliar la percepción del Yo sobre la realidad, brindándole información que por sí mismo no es capaz de distinguir. Advierte al Yo sobre aspectos

del mundo exterior que van más allá de lo que le transmiten los sentidos, diciéndole que, de no tenerlos en cuenta, se habrá de sufrir. De esta forma es posible retrasar la satisfacción del Ello, aunque no indefinidamente (en tal caso, producto de una frustración grave y permanente, a la ansiedad inicial seguirán la angustia, las enfermedades psicósomáticas y quizá la muerte).

Junto a las primeras y más impactantes experiencias de toda persona, el Superyó es un elemento cofundador de la identidad.

Sumadas a todo tipo de condicionamientos inconscientes, estas tres partes de la psiquis humana conforman nuestro “Yo Soy”, unidad a la que, de aquí en más y para comodidad del lector, simplemente llamaré “Yo”. Cuando haya necesidad de una diferenciación diré “ser-animal”, “ser-macho o hembra” o “Yo-animal”; esto es: cuando la referencia sea lo conformado por el Ello, el Yo y lo inconsciente, sin participación del Superyó y el resto de lo subconsciente.

La conciencia

Es un estado de la mente (y un proceso) por el cual todo ser vivo puede detectarse a sí mismo y al entorno (la realidad interior y exterior). Su función es asegurar la supervivencia del individuo (en un medio natural y/o social). El grado de conciencia depende, a su vez, del monto, calidad y variedad de información que dicho ser vivo necesite y sea capaz de adquirir, acumular y elaborar, siendo que, a menor, falsa o inútil información más pobre será su percepción de la realidad, ergo, sus deducciones acerca de la misma serán limitadas o equivocadas (esto pone en riesgo el éxito de la propia gestión).

Así, entonces, quien desee manipular la conciencia de un tercero no solo habrá de proveerle con información “contaminada” sino que habrá de negarle información de calidad. Más allá de esto, ha de intentar desviar su atención hacia tramos de la realidad que acotarán negativamente su percepción de la misma en razón de distraer su atención hacia situaciones y cosas sin significado. En tercer lugar habrá de confundirle en su percepción de sí mismo dando gran importancia a elementos estériles, variados y hasta contrapuestos a su sensibilidad natural y cultural (metas, adquisiciones, creencias, ideología, etc.); segmentando su unidad de conciencia (la fortaleza individual) en varios “Yoes” que competirán entre sí por mostrarse y realizar tal o cual cosa. Conseguido esto, toda satisfacción -incluyéndose a sí mismo- del sujeto será entonces breve, de poco significado o imposible, y toda decisión que tome, todo proyecto que imagine, estarán infectados por el descontento.

A quien desee cotejar sus apreciaciones sobre la conciencia con las últimas especulaciones filosóficas y científicas llegadas de la física cuántica (incluye el Yo, los lazos madre - niño, la memoria, el nosotros, etc.) nuevamente recomiendo el interesantísimo libro de Danah Zohar, “The Quantum Self” (El Yo cuántico).

Lo subconsciente

Se constituye de aquellas experiencias que alguna vez pasaron por la conciencia de un sujeto. Es, en asociación a la carga inconsciente, determinante posparto y progresivo de lo que se conoce como personalidad.

Subconsciente o inconsciente, ambos transitan los caminos de lo emocional, expresándose en la disposición general de uno y todo individuo. Intervienen directamente sobre nuestra interpretación de la realidad y, lógicamente, sobre nuestras acciones. Pueden incluso prevalecer sobre el estado consciente y la razón (hacemos lo que no hubiéramos querido o siquiera pensado, gozamos de lo que no hubiéramos imaginado placentero o rechazamos, detestamos o nos angustiamos sin poder explicarnos el porqué).

Lo inconsciente

Está formado por lo instintivo más todo aquel aprendizaje de relevancia que alguna vez hicieran las especies y la raza (inconsciente colectivo), sumado a un inconsciente individual determinado por la identidad sexual (colectivo femenino o masculino) y aquellas experiencias de mucha relevancia transmitidas genéticamente por antepasados directos (masculinos y femeninos). Determina el carácter y algunas de las preferencias que distinguen un individuo de otro.

La carga inconsciente, a lo que aquí y allá podrían sumarse defectos neurológicos y una mayor o menor influencia hormonal hace que, aunque hayan recibido la misma educación y hayan vivido las mismas experiencias, cada individuo tenga una impresión diferenciada de la realidad; la que será aún mayor si hablamos de sujetos no pertenecientes al mismo sexo.

Aunque menos amplio en el concepto, quien primero se refiriera al inconsciente colectivo fue Carl G. Jung (1875 – 1971), discípulo de S.Freud y fundador de la psicología analítica.

(2)

Quien no haya tenido hijos pero sí haya podido observar (desde el momento de nacer) el desarrollo de gatitos o perritos pertenecientes

a una misma camada habrá notado que, sin haber recibido educación alguna ni haber tenido tiempo de experimentar algo que lo justifique, cada uno de ellos se comporta de manera distinta: confiado, agresivo, aventurero, etc. (esto define el carácter de cada uno de ellos).

Más allá de eso habrá también notado que, algunos e inexplicablemente, manifiestan marcadas preferencias (o rechazo) hacia ciertos alimentos que, según el común, deberían resultarles apetecibles.

Estas preferencias injustificadas, que únicamente pueden existir como producto de la experiencia de vida, de no haber tal experiencia han de ser, por fuerza, producto de la experiencia de otros, esto es, de quienes nos preceden por línea directa (herencia - transmisión genética).

A esta altura podría parecer algo superfluo hacer esta puntualización; sin embargo, considerando que los ideólogos de la modernidad -y para confundir- afirman que nacemos, prácticamente, con el cerebro vacío, y que, en consecuencia, seremos solo y según se nos eduque, destacar tempranamente su “error” resulta de suma importancia.

Afluentes de lo inconsciente

Aun sin considerar los descubrimientos hechos por W. Penfield, es inadmisibles que en su deliciosa complejidad la naturaleza haya olvidado -¡nada menos!- hacerse con un cuaderno de apuntes en el que “anotar” todo aquello que pudiera ser útil para la supervivencia del individuo y de la especie, a saber:

1) Lo que se corresponde con aquello que experimentó todo ser vivo anterior a la raza humana (de transmisión genética).

2) La experiencia animal de la raza humana como tal (también de transmisión genética).

3) Lo que se corresponde con la generalidad de aquella experiencia vital del humano civilizado, acumulada y transmitida genéticamente (colectivo sociocultural atávico).

4) Experiencias individuales que, por haber sido muy significativas en la vida de un sujeto, eventualmente son almacenadas en la memoria de sus genes y transmitidas a las próximas generaciones (se manifiestan en relación con preferencias, usos, temores particulares, simpatías, etc.).

Según esto, si luego de algunos cruzamientos el sistema límbico detectara que dichas experiencias solo fueron de carácter individual, en razón de que no se observan en los demás individuos (son

intrascendentes para la especie), estas serán borradas del archivo de los genes.

Si bien siempre se sospechó la existencia de algo así, no fueron sino las investigaciones de T. Bouchard sobre comportamiento, similitudes y diferencias de, y entre, gemelos monocigóticos (masculinos) las que más luz aportaran sobre el asunto.

De su reporte

Sin saber uno del otro, “J” y “O” (los nombres reales se reservan) fueron separados a los tres meses de edad y criados por familias diferentes, una en EE.UU, y la otra en Alemania. Al igual que su padre biológico, del que ninguno de ellos sabía nada, sin poder explicar el porqué ambos encontraban placentero y casi imperioso llevar banditas elásticas colgando de la muñeca izquierda.

Si no fuera por esta y otras cargas inconscientes del mismo tenor, únicamente podríamos enamorarnos de quienes fueran idénticos a los modelos más importantes y agradables de la infancia (subconsciente).

Imaginario colectivo femenino o masculino

Es aquello que, en consideración de condicionamientos psicológicos y culturales propios y comunes a cada sexualidad, define como cada hombre y mujer imaginan la realidad, especialmente en relación a sus opuestos sexuales.

En él interviene todo lo inconsciente, sumado a las experiencias de vida.

Imaginario colectivo (no depende de la pertenencia sexual)

Refiere a sensaciones, certezas y creencias conscientes, subconscientes o inconscientes, compartidas por ambos sexos).

El cultural colectivo

Pertenece al terreno de lo consciente y lo subconsciente; es aquello sociocultural con lo que los habitantes de una región o país se identifican (historial, lenguaje, tradiciones, usos, etc.).

El colectivo atávico

Responde a sensaciones y certezas acumuladas por millones o cientos de miles de años y compartidas por toda la humanidad. Refiere a un determinado orden social y de las cosas (tradicional), así como, por ejemplo, al placer que a todos proporciona un fuego de campamento o de chimenea.

Identidad

Es todo aquello psicológico que nos conecta con el pasado vivido (consciente y subconsciente) y heredado (la totalidad de la carga inconsciente).